

ción ocasionados por el encuentro de las dos caravanas, habian favorecido á la fugitiva. La naturaleza, que convierte en ciertos casos á una madre en tigre, para defender á sus hijos, habia hecho de la débil hija un ser bastante astuto y bastante fuerte para desatar ó romper sus ligaduras, y se habia deslizado en el bosque, desapercibida de sus perseguidores. Sus compañeras la habian indudablemente visto huir, pero nada habian dicho; así, pues, la penca hizo su



Arjillas y frutos del baobab.

su parte en la mercancía á sus dignos camaradas, y retrocedió presurosamente; la madre habia sido abandonada á su impotencia al otro lado del rio, y sabia en qué sitio: allí, pues, se dirigia.

Después de las penosas emociones que me habia hecho experimentar la vista de aquel desgarrador convoy, la relacion y la tentativa del djellab me interesaron vivamente, y me propuse observarlo para saber el resultado de este triste duelo entre la codicia humana y el amor filial.

Una parte de nuestros hombres y efectos estaba ya en la orilla opuesta, y muchos se habian aprovechado del movimiento que se operaba en el rio, y que tanto contribuia á alejar los cocodrilos, para tomar un baño agradable atravesando el Nilo á pie, detrás de los camellos. En aquel lugar la anchura de las aguas no era sino de unos 100 metros, sobre una profundidad máxima de cerca de 1 metro y 25 centímetros. Pareciéndome tambien favorable la ocasion, entré á pie en el rio detrás de un grupo de pasajeros y camellos. Mientras el agua no me llegó á la cintura, resistí bien la accion de la corriente, que era fuerte. Mas

arriba de este paso se distinguia gran número de peñas que hendian la corriente y formaban una catarata: el agua, impelida por estas rápidas, pasaba velozmente al vado, menos profundo, por lo demás, que los restantes lugares del curso del rio. Esta velocidad es lo que ocasiona la dificultad de la travesía; al llegar á la parte mas profunda, el agua, que me subia hasta debajo de los brazos, me quitaba la fuerza necesaria para resistir la corriente. Mis pies no podian asegurarse sobre el fondo de piedra resbaladiza, ó de guijarros que rodaban al menor empuje; viendo que iba á ser arrastrado, llamé al hombre montado en el camello mas próximo, que era un ruso; mas como al parecer, no entendió mis señas, proseguí su marcha sonriéndose.

oficio, y las infelices pagaron su silencio con un ejemplar castigo.

No temia ahogarme sabiendo nadar; pero era peligroso dejarse llevar lejos del grupo, á causa de los cocodrilos, que vagan siempre en actitud de acecho en derredor de los grupos que no se atreven á atacar. Permanecí, pues, algun tiempo en suspenso, no atreviéndome á moverme, y no pudiendo hacerlo siquiera sin ser arrebatado. Todos se alejaban sin prestar-

cho trabajo pronunciar la palabra *katarkek*, ¡gracias!

Atravesado el rio, mis compañeros de viaje se pusieron en camino, dejando á la espalda los camellos pesadamente cargados. Por otra parte, vi al djellab intimar á un indijena que le prestase ayuda en su triste empresa, y me puse en observacion.

me auxilio, ora porque el murmullo del agua impedía que se me oyese, ora porque no se me creia en peligro.

Empezaba á experimentar una viva inquietud, cuando un camello que venia detrás de mí se detuvo á mi lado; cogí, pues, uno de los cordones terminados en bellotas que adornaban su silla, y proseguí ya fácilmente mi camino. Al alzar los ojos hacia el dueño del camello, vi que era el djellab. En mi gratitud

por el servicio que acababa de prestarme, esperé una pena difícil de describir. El, en efecto, conociendo mejor que otro cualquiera la dificultad de aquel paso, habia acudido en mi auxilio, y al ver que no recurría á ningun asidero, comprendió que esonia mi vida. No bien reconocí aquel hombre, solté instintivamente el apoyo que me ofrecia; pero la profundidad del agua habia disminuido, y no por ello le debia menos agradecimiento. Sin embargo, me costó mu-



Escena de esclavitud: la madre y la hija.

valerse de sus piernas; siguiendo este vestigio, pronto adiviné que la infeliz, al verse abandonada, y al ver arrebatada su hija se habia arrastrado hasta la orilla del rio, sin duda para seguir viéndola todo el tiempo posible, comprendiendo que la habia perdido para siempre. Aquí asaltó al djellab una nueva duda, porque á nadie vió en el lugar á donde esta señal se dirigia.

El rio era de tan difícil paso, que yo empezaba á esperar que la jóven, no atreviéndose á atravesarlo, estaria aun al lado opuesto; pero el djellab no se desalentó tan pronto. Como las huellas se complicaban, las examinó con suma atencion, y poco después una son-

Dirigieronse primero hacia los matorrales detrás de los que habia sido abandonada la inválida madre de la jóven esclava; pero ¡ya no estaba allí! El djellab examinó atentamente el suelo y todas las nuevas huellas, y descubrió indicios, no de pisadas, los de un arrastramiento, porque la desgraciada no habia podido

risa de satisfacción reanimó su semblante, y una sinistra sonrisa entreabrió sus labios: había reconocido dos huellas; una debía ser la de la fugitiva. Desde aquel momento tomó las precauciones del gato que acecha su presa, haciendo á su satélite una seña para que le siguiera discretamente.

Como aquellos hombres iban á alejarse tal vez demasiado para seguir la pista que acababan de encontrar, y yo no tenía conmigo ningún guía, y temía no poder reunirme á mis compañeros de viaje, no me decidí á seguirles. Al volver, vi que una parte de nuestra comitiva estaba todavía cerca de la orilla del río, y seguí á los ojeadores de la desgraciada pareja fugitiva.

¡Ah! esta caza no fue larga; á pocos pasos vi al djellab hacer un movimiento de sorpresa, y una nueva seña á su cómplice; y avanzando hacia el lado que al parecer había indicado, vi cerca de una espesura á la desgraciada hija, que estaba acurrucada delante de su madre, prodigándole cuidados urgentes, arreglándole una ligadura; y tan embebida se hallaba en esta operación, que ni siquiera veía al djellab, quien, seguido de su auxiliar, avanzaba con silencioso paso para apoderarse de ella.

La madre, cuya escrutadora mirada recorría las inmediaciones, fue quien primero vió á los raptos, pues hizo un gesto y pronunció una palabra, una exclamación que sin duda quería decir ¡huye! porque la pobre muchacha dió algunos pasos en actitud de fuga; pero volviéndose al punto hacia su madre, arrojó un grito desgarrador; ¡aquel grito era una súplica capaz de ablandar un corazón de piedra! Tendió las manos hacia sus raptos, con una expresión que es imposible definir, implorando su clemencia; y luego, por medio de la mímica tan expresiva del dolor, dirigiéndose al djellab como á un hombre que no podía dejar de ser compasivo en tal caso, parecía decirle: «¡Ya lo veis! ¡El sol declina, la noche se acerca, las fieras van á salir de sus cavernas y vendrán á devorar á mi madre, que todavía vive, con sus carnívoros dientes; á mi madre, que no puede huir, ni encender un fuego protector! ¡Oh, no! ¡no queréis que se vea abandonada por mí, y devorada antes de morir! ¡Oh, no! ¡no lo queréis! ¡Hablad! ¡hablad!...»

Viendo el djellab que las cosas tomaban este giro, hizo prudentemente más lenta su marcha, y parecía acceder á los suplicantes ademanes de aquella desolada hija; pero se adelantaba, ¡avanzaba hacia su presa! La infeliz, adivinando entonces que todo estaba perdido, cambió de semblante, y sus estraviados ojos se fijaban alternativamente en su madre y en su perseguidor. ¡Ah! sí; ¡todo estaba perdido! Llena de desesperación, prorumpió en un nuevo grito, que esta vez era el grito de guerra de los negros, pues bajándose al suelo, cogió con sus manos crispadas por la

desesperación, todo cuanto á su alcance se hallaba, á fin de arrojarlo al rostro de los monstruos que iban á robarla á su madre moribunda; pero sus armas, ¡ay! no eran sino un puñado de polvo que le caía en los ojos. ¿Había creído ofuscar por tal medio la vista del djellab, mientras huía? Casi en el mismo momento fue vigorosamente cogida, derribada y arrastrada más bien que conducida, á alguna distancia de su madre. Esta, no pudiendo seguirla, hizo esfuerzos inútiles, levantándose luego, apoyándose en un brazo, gesticulando con el otro, y haciendo oír rumores que parecían más bien ahullidos mezclados con sollozos, que palabras humanas.

Poco después, la pobre fugitiva se veía bárbaramente atada, y además amordazada, á fin de librar de sus gritos lastimeros, y para ellos importunos, los oídos de sus verdugos. De esta manera fue llevada hasta cerca del camello, que había buscado tranquilamente su alimento en los matorrales; y la desgraciada, que seguía retorciéndose presa de una terrible convulsión, fue colocada detrás de la silla del animal, y atada como un fardo cualquiera.

Acercándome á aquellos hombres pregunté al principal cuánto pedía por la esclava, y me contestó que no estaba destinada á la venta, sino que era preciso que sus compañeras viesan que no se huía impunemente. Insistí, y me pidió una suma exorbitante; díjele que á falta de dinero contante podía darle una libranza pagadera en el Cairo; pero apenas se dignó responderme, y al dirigirse al vado del Nilo, añadió que nunca iba á Egipto.

Pudiendo apenas creer que lo que veía no era un sueño, permanecí en la orilla, mirando alternativamente á la madre y á la hija. Cuando el camello que conducía á esta desapareció, aquella, que hasta entonces se había apoyado ya en un brazo, ya en otro, se dejó caer en tierra. Acerquéme á ella deseoso de serle útil; pero al ver á un blanco, me tomé sin duda por uno de los raptos de su hija, y empezó á dirigirme imprecaciones; su expresión era la de la furia ó la del desconsuelo, y algunas veces la del ruego ó la amenaza más terrible.

No atreviéndome á acercarme á ella, la examiné á algunos pasos, y vi que tenía una herida en una rodilla, inflamada, y otra me pareció tener su asiento en una ingle: la infeliz sucumbía tal vez de inanición. Una vez más intenté prestarle algún auxilio, pero fue vano mi deseo, pues comprendí que le inspiraba horror. Por otra parte, presentía su próximo fin.

Me disponía á alejarme, cuando la vi incorporarse y mirar ansiosamente á un punto fijo: acababa de ver á su hija sobre el camello del djellab, que subía por la orilla opuesta del río. Sus ojos vidriosos parecían querer salirse de las órbitas, tendió la mano en aque-

lla dirección, y exhaló un agudo y penetrante grito: ¡su hija desaparecía para siempre!...

Esta escena era demasiado terrible, y me apresuré á reunirme á mi caravana.

Al dirigir mi última mirada á la desolada madre, la vi tendida en el suelo sin movimiento, con el brazo todavía estendido hasta el punto por donde su hija había desaparecido.

En vano aceleré el paso, pues los gritos de dolor que acababa de oír me seguían sin cesar. Todos los grandes infortunios que aquel día había visto me parecían otras tantas maldiciones contra los hombres y contra la naturaleza, y otras tantas amenazas de horrorosa venganza contra los blancos. La noche empezaba á derramar sus sombras en mi derredor: tiempo en que las fieras abandonan sus cubiles; tiempo en que el hombre que ha encontrado albergue, debe precaverse de las tinieblas. A mi derecha, hacia el monte Fa-Zoglo, los ahullidos se hacían ya sentir, y los siniestros ecos del bosque los repetían. El grito «¡oh madre mía!» resonaba por todas partes en mi oído; pero solo veía el bosque agitado por las ráfagas del viento.

La escena descrita, en que por una parte todo era amor y desventura, y por otra, todo iniquidad é injusticia, demuestra que hay en los negros afecciones de familia más vehementes de lo que creen sus explotadores. ¿Se habrá equivocado Michelet, al decir que esta pobre raza tan calumniada es la raza del *sentimiento*?

A mi espalda dejaba en algunas poblaciones situadas en las orillas del río y alrededor del monte Fa-Zoglo, las últimas poblaciones de raza semítica, modificadas y casi negras que se encuentran en aquellas regiones. A mi vista, y á pocas horas de camino se destacaban las montañas habitadas por los infelices negros.

Bajo la impresión de estas dolorosas escenas de la esclavitud, se verificó mi entrada en la misteriosa Nigracia, que desde hace muchos siglos es el centro de todos los dolores de la especie humana.

La parte de la cuenca del Nilo á que la costumbre más bien que la razón ha dado el nombre de *Sudán egipcio*, comprende en sus límites la superficie total de cuatro antiguos Estados independientes: el Kordofan, el Sennar, el Shendy y el Dongolah.

Mehemet-Alí emprendió la conquista del Sudán con una expedición que salió de Egipto en 1820, y extendió su marcha triunfal, como ya se ha dicho, hasta las primeras montañas de la Nigracia. Los egipcios hallaron una débil resistencia en esta conquista, pero no sucedió siempre lo mismo, pues para consolidarla tropezaron con mucha resistencia pasiva, siéndoles preciso sofocar formales revueltas. No obstante, como el sentimiento nacional estaba dividido y era

poco enérgico, y como los egipcios profesaban la misma religión que los indígenas y tenían con ellos alguna semejanza de costumbres y usos, subyugaron fácilmente el Sudán oriental.

Los límites actuales de la dominación egipcia, son: al Oeste, las regiones desiertas que separan el Kordofan del Dar-Fur. En la orilla izquierda del Nilo Blanco, confinan con las montañas de Takalé, y con los pueblos bakaras ó pastores que vagan entre estas montañas y el río. Los límites entre los ríos Blanco y Azul, esceptuando una parte de los Abu-Rof, son los de los pueblos sudanienses con los negros idolátras que se mantienen y defienden en los montes Dinka, Taby y Akaro. En este último punto el poder egipcio se extendía hasta hace poco, mas hacia el Sur, en las primeras montañas de la Nigracia; pero las razzias humanas que ese gobierno hacía para procurarse soldados y esclavos, han despertado entre los negros tal encono y tan continua hostilidad, que los han obligado á abandonar su país. Peor aspecto tomaron las cosas en las orillas del Saubat, porque los egipcios hallaron una resistencia tan encarnizada, que solo peleando sin cesar y recibiendo sus provisiones por el Nilo, pudieron sostenerse algún tiempo: en la actualidad las razzias humanas en este país no son tan frecuentes.

Por el lado de la Abisinia, las posesiones egipcias confinan con la pequeña república de Gallabat, contigua al monte Kuara, y habitada por los Futs y otros Takrurianos refugiados. Desde allí, este límite toca en el Atbarah, cerca de Sufi, pasa por Algueden, y va á unirse al Mar Rojo, en el torrente de Lava, según dicen los egipcios. Pero estos últimos límites son ficticios más bien que naturales, puesto que los Bogoz y una parte de los Barkas que están al Norte de esta línea, nunca han pagado tributo ni al Egipto ni á la Abisinia; por lo demás, concíbese bien que estas fronteras son susceptibles de variaciones según las circunstancias y la prosperidad de cada una de las potencias limítrofes.

Algunos años después de su conquista, habiendo el gobierno egipcio desorganizado ó reducido hasta donde le fue posible las antiguas capitales de los soberanos desposeídos, fundó á Kartum en el ángulo formado por los dos Nilos, y en ella estableció la residencia del gobernador general de todas sus nuevas posesiones. Kartum se convirtió en breve en una ciudad importante, y en 1848 tenía cerca de 30,000 almas. Su posición central y fácil de defender estaba bien elegida; dos ríos le llevan los productos del Sur, y otro la pone en comunicación con el Egipto. Pero, ya sometidos y poco á poco pacificados los países y establecida la autoridad, los bajás de Egipto miraron con envidia al harto poderoso gobernador. Desde 1848, varios detalles adquiridos durante mi permanencia en

este país me hicieron conocer los temores concebidos y las precauciones tomadas por Mehemet-Alí, á propósito de este peligro. Por último, en 1858 uno de sus sucesores, Said-Bajá, modificó este orden de cosas, siendo repartido el poder central de Kartum entre cuatro gobernadores ó prefectos, con el nombre de *mudirs*, que dependen directamente del gobierno egipcio. Las ciudades en que residen estos *mudirs*, son: Lobeid, en el Kordofan; Kartun, en el Sennar

y las regiones circunvecinas á esta ciudad; Kassala, en el Taka, y en fin, en el Gongolah, la nueva ciudad del mismo nombre. Cada una de estas circunscripciones se divide entre muchos *kachef*, especie de sub-prefectos, de los cuales dependen los *cheiks* ó corregidores.

La población del Sudan egipcio ú oriental es de las mas variadas, así por efecto de sus elementos primitivos, como de las influencias locales y de los cru-



Escena de esclavitud: la madre abandonada.

zamientos de razas; no obstante, el elemento negro no entra por tanto como se cree, en este Estado, en e que se distinguen también las tres grandes divisiones de la raza semítica. La primera, ó sea la mas antiguamente allí establecida, se compone de los Futs, representados en el Sudan oriental por los Funs, y el Sennar por una parte de los Nubas, al Sur del Kordofan. En la pequeña república de Gallabat, en los confines de la Abisinia, domina también, según parece, el elemento fut.

Gran confusión había reinado hasta entonces en las relaciones de los viajeros, y por consiguiente en la geografía y la historia, á causa del error en que han

incurrido los viajeros que no habiendo extendido sus exploraciones hasta las regiones habitadas por los verdaderos negros, no han sabido distinguir el tipo *fut* ó *fun* y algunos otros de los tipos negros. Además del color pronunciado de los futs, algunos individuos participan aun mas del negro, merced al cruzamiento; y las influencias climatéricas han contribuido á modificar los tipos. Todo esto reunido ha podido engañar á los exploradores, quienes, en vez de comparar estos pueblos con los verdaderos negros, los comparaban con las razas blancas, y hallaban naturalmente grandes oposiciones, sobre todo bajo el aspecto del color. Pero, si en lugar de detenerse en este exá-

men superficial, se atiende al fondo de las cosas, se encuentran los rasgos característicos de la raza semítica. El cheik Arbab, yerno y sucesor destronado de Meck-Badé, último soberano de este pueblo fut ó fungi, que viajó durante largo tiempo con nosotros, nos suministró muchos de estos datos acerca del que llamaba *su pueblo*. Cuando nos vimos en medio de los verdaderos negros del Hamatché con este príncipe y las personas de su comitiva, que pertenecían en su totalidad al mismo pueblo, nada nos fue mas fácil que comparar y discernir ambos tipos.

Restablecida esta primera división por nuestras investigaciones personales, no hay para qué insistir en las otras dos, berber y árabe, generalmente admitidas. Los berberes hubieron de ceder parte de los países que ocupaban en la Etiopia, en tiempo de las invasiones árabes. A estas tribus berberes es preciso añadir los Knuz, Barabras, Bicharrys, etc.; los Chellalys, Mahas y Danaglahs, esparcidos por las orillas del Nilo desde la segunda catarata hasta Dongolah; y también los Mitkinahs y los Sukinas, que habitan el Taka. Los idiomas de todos estos pueblos berberes proceden, al parecer, de una lengua común, que fue probablemente la del antiguo Egipto, dividida en dos troncos: líbica, y linótica ó etiópica, lenguas forma-

das bajo la influencia de formas semíticas. Los idiomas de las poblaciones berberes de las márgenes del Nilo, desde los Nnuz hasta los Berberys, no solo tienen gran analogía con el de los Bicharrys, sino también con los de las poblaciones africanas de Taka y las costas del Mar Rojo. Estas poblaciones, aunque convertidas al islamismo, ignoran la lengua árabe.

Los árabes, tercera gran familia de origen semítico del Sudan, proceden de diferentes emigraciones de la Arabia: unas que huyeron del mahometismo, en su origen; otras que luego lo llevaron y lo impusieron al Africa septentrional y al Sudan.

Es digno de notarse que en el conjunto de estas tres grandes familias de raza semítica que se encuentran en el Sudan, el color es mas ó menos oscuro en razón de la antigüedad de su estancia en las comarcas próximas á la Nigricia. Así, los árabes mas recién llegados á este suelo tienen el color casi tan claro como en su antiguo país, al paso que los que proceden de las primeras emigraciones lo tienen mas oscuro. Los berberes lo tienen ya mucho, y por último, el de los futs, fuls ó funs, lo es tanto, que las observaciones superficiales los confunden con mucha frecuencia con los negros.

TREMEAUX.